

Relatos del Salvador: Los tres deseos

Carlos Calvo Alonso

Desde la puerta vio las carteras de los tres niños sobre el arca del portal. Como cada mediodía, estaban amontonadas allí, arrebujadas y con las correas enmarañadas y colgando del mueble. Al verlas, a la niña se le aceleró el corazón; los latidos le subían por el pecho oprimiéndole la respiración. Dejó ella también su cartera, recorrió el portal alargado, cruzó la cuadra, vacía a esas horas, y salió al corral en dirección a la tenada. Las gallinas protestaban cacareando a su paso desacompañado. Se le trababa el pie más que de costumbre entre la paja húmeda y medio podrida, pero ella no lo notaba. Luego, ya en la penumbra del cobertizo, comenzó a oír el rebullir de los cachorros y los gruñidos desconfiados de la perra. La invadió la tranquilidad suave y feliz que seguía todos los mediodías a la inquietud de la vuelta del colegio.



A medida que avanzaba esquivando trastos hasta el rincón de los cestos de vendimiar, sus ojos se acostumbraban a la oscuridad. Allí estaba la Fidela con sus tres perrillos, cobijada en un rincón protegido por los mimbres. Hacía dos días que ella había colocado un canasto delante de la camada, ocultándola lo más posible. Lo apartó un poco y, como siempre, se sentó sobre él, cerca del lecho de paja donde bullían torpemente los animalillos. Extendió la mano hacia

la cabezota de la perra y esta se la lamió confiada durante un rato. Después volvió a repasar con la lengua a sus cachorros. “Fidela, tonta más que tonta. Siempre los pones en el mismo sitio. Ya verás cómo te los vuelven a quitar”. Lo dijo en voz queda y la perra levantó de nuevo la cabeza resignada hacia ella; después volvió a la tarea de relamer. “Tres perrillos, como mis tres deseos”, se dijo la niña.

Y pensó que el primer deseo a lo mejor se cumplía pronto. Su madre había hablado con doña Josefa. “A la niña, con la pierna así, le cuesta mucho atravesar todo el pueblo para ir a la escuela”. La vieja maestra le había contestado que no se preocupara, que en cuanto tuviera una plaza la avisaba. Doña Josefa no pegaba; a lo más daba tironcitos de coletas y algunos capones suaves; eso no era como en su escuela. Cuando su maestra levantaba la cabeza para llamar a alguna niña a la mesa, a ella le entraban siempre muchas ganas de hacer pis. Se sabía las lecciones en casa cuando se las preguntaba su madre y también las tablas de multiplicar, pero en la escuela, cuando la maestra decía su nombre, se le olvidaba todo; era como si el silencio expectante que había seguido en el aula a la voz de la maestra se metiera también en su cabeza, ocupándola por entero. Después venían los tortazos, a veces muchos. “Es que, con su defecto, la niña tendría que ir a la escuela del barrio, y más en invierno”. Y doña Josefa había dicho que sí, que lo comprendía, que ya le había dicho que no se preocupara, que le haría un hueco lo antes posible.

Era más difícil que se cumpliera el segundo deseo. Hasta hacía poco le había parecido imposible. Pero un día, cuando su madre la llevó a la consulta de don Arturo para que le recetara Calcio 20, el médico se había frotado un rato pensativo el bigotillo y, sin venir mucho a cuento, había salido con que tenía un amigo traumatólogo en

Madrid; pasaba consulta en el hospital de San Rafael. "Hay un turno de visitas gratuitas", dijo anticipándose a los peros de la madre. "Si os decidís, lo llamo y os escribo cuatro letras para que se las llevéis y eche un vistazo a ese pie". En Madrid se habían hospedado en casa de la prima Sátor que, según decía, no estaba muy lejos del hospital, aunque a ella le parecía que había más distancia que de Peñafiel a Mérida. Se iba en autobús y desde la ventanilla se veía mucha gente, coches y casas altas, pero ella no se había fijado mucho. A la ida iba muy nerviosa y con miedo; a la vuelta solo pensaba en lo que había dicho el médico. En la escuela las chicas le habían preguntado que si le había gustado Madrid y que cómo era. Solo había sabido contestar que era muy grande; "el barrio de mi prima Sátor es más grande que todo Peñafiel".

Habían esperado mucho rato en un pasillo largo, atestado de madres y niños. Las madres hablaban entre ellas sentadas en bancos largos y sillas que movían y aproximaban para hacer tertulia. Los niños mayores balaceaban las piernas, inquietos, en sus asientos y a veces se levantaban impacientes; los más pequeños correteaban o gateaban por el suelo sin disimulo. Su madre había trabado conversación con una señora y ella había jugado con su hija a miniaturas. Le había enseñado, porque la niña no sabía. Era más pequeña, o más menudita que ella, pero, ya en casa de vuelta, cuando sacó de la cajita de lata sus miniaturas, se dio cuenta de que le faltaban la de la princesa y la del osito. No le importó mucho porque, sobre todo, estaba pendiente de lo que explicaba su madre a la prima Sátor. "En un momento en que se ha ido la enfermera, le he metido el papel de don Arturo en el bolsillo de la bata. Le ha hecho mover el pie un buen rato de un lado para otro y nos ha mandado a radiografías. Todas las que esperaban se han extrañado mucho de que ya, el primer día, le hiciesen placas. Después, otra vez a esperar; yo creía que no salíamos de allí. Dice que lo que tiene ya se opera, pero que vamos un poco tarde. Que lo tiene que mirar a fondo y que también lo va a

consultar. Que nos avisará. ¡Bueno, lo que sea sonará!" Así que, a lo mejor, dejaba de ser cojita. Podría saltar a la comba como todas y no estar todo el día dándole a la cuerda. Saltar como todas, también los dobles.

La niña acariciaba de vez en cuando distraídamente la cabeza de la perra. Esta abandonaba la limpieza de los cachorros, levantaba sumisa la cabeza, la miraba confiada y le lamía otra vez la mano a ella también. Los perrillos gruñían y se movían inquietos, como sus tres deseos. El tercero era que su padre se pareciera al de Conchi, que trabajaba en la vía. Que no fuese todas las tardes a la bodega y no volviera gritando por las noches, que tuviera trabajo siempre. Ella no quería ser rica, solo que su madre pudiera hacer la compra sin pedir dinero prestado a la tía y que los Reyes Magos le trajeran una muñeca nueva con algún vestidito; una muñeca como la de Conchi.

Los tres niños bajaban hacia la barbacana del molino por la calle del Salvador. El mayor balanceaba una lata de las del queso americano. Era cilíndrica, de color dorado y estaba decorada casi por entero con letras gruesas y negras en inglés; dos agujeros servían para sujetar un cordel que hacía de asa. De vez en cuando, los niños se paraban, ladeaban la lata hasta casi ponerla horizontal, juntaban las tres cabezas mirando al interior y se reían mucho. Después, cruzaron la carretera, dejaron la lata sobre el pretil de la muralla y por un momento dirigieron la vista hacia abajo, hacia la balsa del molino. El más pequeño intentó meter la mano en la lata, pero el mayor se la apartó bruscamente con un manotazo. "Tú no, que tú no llegas".

Lo cachorros describían una parábola antes de caer en el remanso, el agua acusaba su llegada con un chapoteo y leves ondas concéntricas. Movían un rato las patitas en el centro de la cuna que se había formado en la superficie verde y oscura y, después, el trampón del molino se los tragaba.